El Eco de Cartagena

Año XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9117

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—**Provincias.**—Tres meses, 7'50 id.—**Extranjero.**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Lóndres. Agencia General Española, 6, Great-Winchester. Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CALLE MAYOR 24.

¡¡¡**CARTAGENEROS**!!!

ESPAÑA CONTRA FRANCIA.

¡**NO ASUSTARSE**!

Pues apesar de los nuevos Aranceles, la LEGÍA JABONOSA de D. José Ignacio Mirabet, seguirá vendiéndose en Cartagena al mismo precio que hasta hoy, sin temor á las imitaciones que se han introducido en este mercado.

Para mayor seguridad, compraria solo en los establecimientos que se citan en el anuncio permanente que va en la cuartaplana de este periódico, teniendo en cuenta que la LEGÍA JABONOSA es de un color algo pajizo, lo que á simple vista ya la distiguen de las demás.

Unico representante en todo el réino de Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Martín Delgado, 9, pral., Cartagena.

LUNES 18 DE MARZO DE 1892

ECOS DE MADRID

17 Marzo de 1892.

El acontecimiento de la semana ha sido la representación en el Teatro de la Comedia de la célebre novela de Pérez Galdós, titulada «Realidad» y reproducida bajo la forma dramática por su mismo autor.

En los círculos literarios despertó viva curiosidad la solución del problema, que problema seguramente era realizar en la escena ya gastada y caduca, algo así parecido á la operación médico-quirúrgica que se llama transfusión de la sangre.

Los viejos moldes están gastados, reina el marasmo en los teatros que pretenden rendir culto al arte y la animación y el bullicio se distribuyen en los coliseos que, más modestos, solo aspiran á entretener los ocios, á distraer el ánimo y, hacer pasar el tiempo á los que estáa condenados á todo género de trabajos en este valle de lágrimas con calles entarugadas y alumbrado eléctrico y todos los que se interesan por el arte escénico deseaban con afán una nueva fórmula y aplaudían á Mario, por haberse decidido á malquistarse con la rutina, aceptando, con los brazos abiertos la transcripción digámoslo así, de la novela al drama.

El público ilustrado, los escritores que pueden entregarse á la expansión y al entusiasmo, han aprovechado la ocasión para aplaudir frenética y justamente al insigne novelista español. Pero después de reconocer una vez más que la novela «Realidad» es uno de los estudios más minuciosos, interesantes y perfectos del corazón humano, hay que confesar con tristeza que el problema no se ha resuelto, que el nuevo molde no ha aparecido.

En el teatro no cabe la verdad absoluta y gracias á que quepa la verdad relativa. Todo tiene que ser falso, de [illegible] de relumbrón.

Esas funciones psicológicas tan admirables en el libro, resultan frias, incoloras, estériles en el escenario, donde no se hace nada para reflexión, donde todo se hace para la imaginación.

Si en Francia han alcanzado éxito las novelas convertidas en comedias ó dramas, se debe á que los novelistas las han entregado á los autores dramáticos, los que sin piedad como buenos cirujanos, han cortado por donde mejor les ha parecido. Pero entre nosotros y mereciendo por ello aplausos, Pérez Galdós ha querido, conservando en toda su pureza la novela, estudiar el efecto que alcanzaba en el público.

El «monstruo» y la «flora,» como han dado en llamarla en estos días y que, sin embargo es lo más bonachón y excelente que existe, busca en el teatro la emoción, pero no la emoción individual, no la impresión que experimenta cuando está solo delante de un libro ó cuando escucha su lectura en un círculo muy reducido; en el teatro, forma parte de un todo, es un nervio que corresponde á todo un sistema nervioso. Además tratándose de la obra á que me refiero, la mayoría de los espectadores la conocían, se la sabían de memoria. Los personajes aquellos los habían visto de carne y hueso, gracias al vigoroso estilo de su creador y al pasar desde el libro á la escena, los halló tan cambiados no objetiva sino subjetivamente, que casi puede decirse que no los reconoció.

La tentativa ha sido muy plausible y es de esperar que siguiendo el camino trazado, lleguemos por fin á encontrar la fórmula nueva que con tanto afán se busca.

Además la representación ha dado lugar á un acto de justicia porque, en efecto, los aplausos entusiastas que se han tributado á Pérez Galdós no han sido solo por su obra «Realidad,» sino por todas las que ha escrito y que habrán de inmortalizar su nombre.

Otra novela pero en acción y sin haberla pensado sus autores, aunque si premeditado, se desarrolló la otra noche en los alrededores de un bazar y está llamada, según cuentan á asemejarse á las célebres novelas de Ponson du Terrail, que de cada una solían nacer tres ó cuatro y á veces más.

Parece ser que una señora muy bella y muy distinguida, notando que un caballero muy elegante la seguía, se metió en un bazar adonde la siguió el caballero y, permaneció examinaado los escaparates y los mil objetos que se exhibian, hasta que llegó la hora en que por cerrarse el establecimiento tuvo que salir á la calle.

El caballero, que se había adelantado, la esperaba y la señora juzgó sin duda que su perseguidor se había cansado y salió, al parecer, tranquila, cuando de pronto oyó una voz que la llenó de improperios, reconoció en el dueño de aquella voz al caballero elegante y poco después el caballero dejó de serlo puesto que la escupió en el rostro y la dió unos cuantos bastonazos

Un gran capítulo para primera entrega, porque vayan ustedes á averiguar los motivos de aquel acto salvaje.

Según indican los periódicos la señora ofendida pertenece á una elevada clase y son varios los paladines que pedirán cuenta de su conducta al que no vaciló en castigar á una bella como pudiera haberlo hecho á un rufián cualquiera.

Pero, al fin y al cabo, debemos presumir con el padre Coloma que todo esto no son más que «pequeñeces.»

JULIO NOMBELA.

LA MADRE ESPAÑOLA

IV

Cuando un español se presenta en un comercio de París, queda atónito al ver en todos los escritorios y cajas una señorita que anota y escribe con facilidad suma, lo mismo sentada que de pie.

Esto le deslumbra, y exclama «aquí si que la mujer está bien educada.» No dice mal, pero mejor diría: «está bien instruida.»

Ante tal vista se admira y entusiasma por Francia y por la mujer francesa. ¡Ay de él! no pensaría así si, en vez de visitar París durante ocho días de paseo, lo conociera á fondo.

También le sorprende agradablemente el ver tantas oficinas y bancas desempeñadas por elegantes señoritas, tantas cervecerías servidas por mujeres estudiadamente vestidas, tantos museos cuajados de señoritas dibujando al óleo, tantas señoritas con grandes carteras y carpetas debajo del brazo. Da un bravo á la emancipación de la mujer al verla subir y bajár por numerosos tranvías y ómnibus sin hacerlos detener y que aun en los cafés y salones de billar entrando y saliendo solas ó con sus compañeras de oficina ó de normal, echan algunas partidas de billar con la desenvoltura y acierto de un joven estudiante.

Efectivamente aquello llama la atención y sorprende ante la parsimonia de nuestras costumbres y excita la curiosidad.

Mas ¡ay! si quedara viviendo en París, pronto, muy pronto sentiría levantarse en su pecho un impulso de repugnancia mezclado de compasión para con aquellas infelices, al saber que, si las sacan de la oficina, ninguna de ellas sirve para hacer feliz á un hombre, para ser madre de familia.

Podrán aceptar un compañero de vida para gozar de sus rentas y echarle una botella de vitriolo en la cara cuando trate de dejarlas, ó abandonarle por otro que les dé más; pero ninguna de ellas ama las cargas de un hogar, ninguna es capaz de entrar en la cocina y ni siquiera hacer un chocolate. La idea de formar familia les asusta porque no conocen el aseo, no saben coser, ni zurcir, ni pegar un botón, ni cuidar de un enfermo y las reglas metódicas para asistirle las desconocen, ya porque no respiraron aires y costumbres de familia, ya porque allí se van tan tranquilos al hospital como nuestras mujeres á la casa propia.

Si una de aquellas infelices mujeres pierde el empleo está perdida, porque allí á la mujer, ilustrada como es, se la hace una máquina automática: ¿se empleó de jovencita en hacer corsés, por ejemplo? no la saqueis de ello, pues no sirve para la más insignificante de las costuras; ¿se empleó de jovencita en envolver pastillas de jabón? para nada más sirve, ni para fregar platos, porque jamás los vió en su casa; ¿se empleó desde el colegio en telegrafista? pues no le encargueis en hacer un tragecito, porque ni saben como se corta; ¿se ocupó en vender en el mostrador? pues no la pongais á ama de llaves ni madre de familia porque acostumbrada en un cuartito de soltero no conoce el ajuar ni la manera de atenderlo. Lo más sabe admitir una compañía, beber y divertirse con ella, pero no cuidarla.

Eso sí, es *festiva*, alegre, divertida mientras hay dinero; si éste falta, y no halla más, con la intriga ó comercio propio, lo acepta todo, aun el crimen y en último resultado el suicidio.

¡Tal educación literaria, abstracta, árida, descuidando la cultura de las otras facultades y dotes características de la mujer, disminuye la población francesa, disminuye las madres, produce poquísimas, pero produce viragos, madres monstruos. No hay más que consultar las estadísticas.

Desengañémonos: La emancipación de la mujer no consiste en quitarle la maternidad, porque es una misión ineludible para ella, por natural. Ilústrese enhorabuena su inteligencia, que mucho lo precisa para ser buena madre, pero no para ser política, escéptica, virago y monstruo, en vez de la compañera dulcificante del hombre, el faro y ángel del hogar. Pero precisa más cultura que la intelectual; ella tiene corazón como el hombre y, como á éste, precisa también cultura moral. Y así como el hombre necesita la cultura manual de un arte, oficio, industria, ó le basta la intelectual de una carrera para cumplir su deber de sostener el hogar y regir la sociedad, así la mujer precisa la cultura manual de su sexo para cuidar, hermosear y administrar el hogar.

Francia tiene un sistema de enseñanza literario bueno, vasto, igual para el hombre que para la mujer; lo aplaudimos. Pero es inaceptable é inconveniente. Los resultados lo evidencian.

Es inaceptable porque, si bien se cultiva plausiblemente la facultad intelectual, se olvida en cambio la cultura de la facultad moral ó sea el corazón humano, lo cual presenta á cada momento horripilantes criminales de 14 años al verdugo para que con la guillotina haga saltar sus tiernas cabezas y entrega miserables pervertidos de ambos sexos, de 12 y 13 años, para que pueblen los presidios.

MODESTO MARTI.

(Continuará)

COLABORACIÓN INÉDITA.

PARÉNTESIS

No hay nada más confuso que la crítica teatral, según se entiende y practica en España, y en Madrid, especialmente.

El lector que quiera formar juicio cabal y exacto de una obra dramática, por lo que en las críticas lea, muy difícilmente podrá conseguir su objeto. Porque de la obra de Galdós, «Realidad,» recientemente estrenada en la Comedia, hay tantas opiniones como críticos, más ó menos expontáneos.

Quién la juzga digna del propio Shakespeare; quién juzga que ha sido una equivocación de Galdós meterse á autor dramático, quién dice que sí, que no y qué sé yo, y quien queriendo decir mucho no dice nada.

Hay, pues, que ver la obra para formar juicio propio. Lo que sí no tiene duda es que por inexperiencia del teatro, ó por lo que sea, Galdós como autor no se ha colocado á tan gloriosa altura que como novelista.

En este último concepto ¿quién disente á Galdós? Todo el que entiende el castellano admira el singular talento, la fina *observación*, el lenguaje castizo, correcto y atildado del autor de «Marianela.» Pero estas relevantes condiciones del novelista, son quizá las menos esenciales; ¡qué digo esenciales! son accidentales en el autor dramático. El arte de mover las figuras, que se dice en el argot de bastidores, requiere condiciones especialísimas que Pérez Galdós no tiene..... por ahora.

La novela ofrece una grande libertad al artista para la presentación de personajes, para el desarrollo del plan, para la preparación del desenlace. La obra escénica, aunque rompa en cuanto pueda romperlo el rigorismo de las tres unidades de lugar, acción y tiempo defendidas y practicadas por Moratín, no puede, sin embargo, prescindir de esas que serán trabas para el genio, pero qué constituyen el indispensable marco de la obra escénica.

Sí; el «manejo de las figuras» es uso difícil.

Se dice que Sardou rodea una acción, á veces sencilla, de porción de incidentes y episodios. Es verdad. Pero en las obras de Sardou la acción principal se revela, se sigue y se desarrolla en todos los actos que la obra tenga. Y en «Realidad» la abundancia de episodios y de personajes y hasta actos, como el tercero, perfectamente inútiles, perjudican el buen desarrollo del drama; porque el interés, la verdadera acción dramática no aparecen hasta el cuarto acto... y la obra tiene nada menos que cinco.

Hay quien califica de profanación ó cosa semejante el poner reparos á la obra dramática de Galdós. Y es que aquí, entre el vulgo ilustrado, que es el peor de los vulgos, la adoración de las reputaciones, aun siendo tan legítimas como la de Galdós, parece como que concluye y proscribe la serenidad del juicio, la frialdad del análisis y la sincera expresión del sentimiento.

¿Qué [illegible] que Pérez Galdós sea el primero, quizá de los novelistas españoles, para que como autor dramático no sea, por ahora el primero, ni el segundo, ni el tercero... ni el cuarto? ¿Es que Pérez Galdós, valiendo, como vale muchísimo, va á tener el don de la omnisciencia? ¿Es que si como le ha dado por hacer un drama le hubiera dado por escribir una ópera también habríamos de compararle con Wagner ó Rossini, como alguien le ha comparado con el inmortal autor de «Hamlet»?

Los aduladores son siempre perjudiciales. Y esos que ahora alaban desconsiderablemente á Galdós, por lo que Galdós mismo reputa, que no es otra cosa que un primer ensayo, presumiendo tributarle el mayor de los honores le infieren la más injustificada de las ofensas. Porque agotando ahora la colección de los objetivos encomiásticos, ¿qué dejan para cuando Galdós escriba otro drama, que indudablemente ha de ser mejor que «Realidad?» ¿O es que creen á Galdós incapaz de producir nada mejor que la obra referida?

Yo que admiro á Galdós como novelista; que creo que los episodios nacionales, sobre todo, es de lo más hermoso que se ha escrito en castellano; que tengo con él hasta afinidades políticas; que he tenido muchas ocasiones de tratarle y siempre las he esquivado para no perderle el respeto; yo que le venero, repito, como novelista, creo en mi ánimo, y como lo creo lo digo, que no se le puede comparar como autor dramático con Shakespeare, ni con Calderón, ni con Tamayo, ni con Echegaray... hoy por hoy. Lo cual quiere decir que nada tendría de particular que, andando el tiempo, compitiese con estos dos últimos dramaturgos contemporáneos.

Y ustedes, perdonen, lectores, si esto que digo no es lo mismo que Uds. piensan. Pero la verdad no tiene más que un camino.

CALIXTO BALLESTEROS.

Madrid 16 Marzo.